

CAPITULO II

Organizase la misión para Colombia.--Personal de la misión.
Los Misioneros en Madrid.--Viaje á la Costa.--Se embarca en Santander.--Adiós á la patria.--En alta mar.--Tierra!--Desembarque en Sabanilla.--Navegación fuyal del Magdalena.--Noche de Navidad en Mare.--De Honda á Facativá.--En Bogotá.--Viaje á Anapotma.

I

Constante nuestro Padre Gabino en la idea de mandar Misioneros á Colombia, trató el asunto con el Definitorio general, y de común acuerdo todos los Padres que entonces lo componían, resolvieron comisionar al muy Reverendo Padre Fr. Toribio Minguella de la Merced, Comisario Provincial en aquel tiempo de la Provincia de San Nicolás de las Filipinas, residente en Madrid, para que recorriendo los Colegios de Misioneros que la citada Provincia tiene en España, eligiera personal apto y voluntario, y organizase la primera misión para Colombia.

Y fue el día 11 de Agosto de 1888 cuando el Reverendo Padre Minguella, llegado á nuestro Colegio de Montegudo en Navarra, llamó á su celda al Reverendo Padre Fr. Ezequiel Moreno, Rector de dicho Colegio, y le comunicó, de orden de Nuestro Padre Vicario general, el objeto de su visita. Trataron del asunto, y como el Padre Moreno estaba para hacer entrega de su Rectorado por haber terminado

su trienio, y estar ya otro nombrado por el Capitullo Provincial celebrado en Manila en Abril del mismo año, fue el primero que se ofreció voluntariamente para Misionero de Colombia. Lo mismo hizo el Padre Maestro de Novicios, quien relativamente se encontraba en igual caso que el Padre Moreno, y con ambos contó ya desde aquel día el Padre Toribio para organizar la misión; pero necesitaba más personal, y, por lo que toca á mi humilde persona, copio de mi Diario ó Memorandum como sucedió el caso.

Al día siguiente, 12 de Agosto, recibí orden de presentarme en la calda-habitación de nuestro Padre Comisario, Fr. Toribio Minguella de la Merced; explicaba ó leía yo entonces Filosofía en el Colegio ya citado de Montegudo, y en su cumplimiento (de la orden recibida), me personé en la dicha calda de nuestro Padre, quien, sin mucho prefábulo me propuso la idea de tomar parte en la misión que pronto iba á salir para Colombia; haciéndome observar que nuestro Padre Vicario general deseaba contar con la libre y espontánea voluntad de aquellos que se creyeran inclinados y con vocación para la dicha misión: contesté á nuestro Padre que desde que el Reverendo Padre Bustamante hizo su primer viaje con el objeto de llevarse misioneros á Colombia, me había sentido con inclinación, aunque no con aptitud, para esa empresa; que seguía entusiasmado con la idea, pero que temía hacer en ello una voluntad que ya no era propia, puesto que toda ella pertenecía y estaba á la disposición de mis Superiores. Y fue esto suficiente para que figurase mi nom-

bre, como tercero, en la lista de los Misioneros para Colombia.

Satisfecho el Padre Comisionado, salió del Colegio de Monteagudo, dirigiéndose á Marcilla y San Millán de la Cogolla con el objeto de proponer á otros Padres la misma idea ; pero nada consiguió. Era, sin duda, voluntad de Dios, que todos los misioneros de la primera tanda saliesen de la Casa-madre de Monteagudo, como luego veremos que sucedió.

De regreso nuestro Padre Toribio en Madrid, dio cuenta del resultado de su comisión á nuestro Padre Gabino, y pocos días después se puso éste en camino para activar el asunto personalmente y á su placer. Llegó nuestro Padre Vicario á Monteagudo, y reunidos con él en su celda los tres Padres Misioneros de Colombia, habíamos largamente del asunto, complacidos en gran manera el trato, la dulzura y cordialidad con que nos distinguió tan bondadoso Padre, en cuyo semblante se veía irradiar santa y pura alegría y verdadero amor paterno. Si en nuestras voluntades hubiera habido algo de frialdad ó indiferencia por la empresa, hubiera entonces desaparecido por completo. Manifestónos nuestro Padre el deseo de que fueran siete los misioneros que formasen la primera misión, cinco Padres y dos Hermanos Legos, por lo menos; y en cumplimiento de sus deseos fueron elegidos de común acuerdo entre nosotros y aceptaron voluntariamente y gustosos, los Padres Fr. Gregorio Segura del Carmen y Fr. Anacleto Jiménez del Burgo, y los Hermanos Legos Fr.

Luis Sáenz de Valvanera y Fr. Isidoro Sáinz de San Nicolás de Tolentino. Así quedó formado el personal de la primera misión para Colombia y satisfecho y contento el buen Padre Gabino.

II

Como ya queda escrito en el párrafo anterior, el personal de la primera misión para Colombia, en la época á que se refiere la presente Crónica, fue el siguiente: Reverendo Padre Fr. Ezequiel Moreno del Rosario, quien fue nombrado Presidente de la Misión (1). Padre Fr. Ramón Miramón de la Concepción (2). Padre L. Fr. Santiago Matute del Santísimo Cristo de la 3.ª Orden (3). Padre Fr. Gregorio Segura del Carmen (4). Padre Fr. Anacleto Jiménez del Burgo (5), y los dos Hermanos de obediencia, arriba citados (6).

(1) El Padre Ezequiel nació en Alvaro de Castilla la Vieja, Provincia de Logroño, el 9 de Abril de 1848: vistió el santo hábito el 21 de Septiembre de 1864 y profesó el 22 de Septiembre del 65, en el Colegio de Montegudo. Halió de misión para Filipinas á los doce años, en donde desempeñó la cura de almas en varias Parroquias, siendo en alguna de ellas Vicario Provincial y Foráneo; luego Predicador Conventual de Manila y Rector del Colegio de Montegudo hasta que fue nombrado por nuestro Padre Vicario general, Presidente de la Misión de Colombia y Superior-Vice-Gerente suyo, de la Provincia de la Candelaria, con plenas y amplias facultades y autorización para dar hábitos y para cuantas disposiciones se necesitasen practicar con el objeto de restaurar la Provincia religiosa.

(2) El Padre Ramón nació en Tudela (Navarra), el 6 de Septiembre de 1816: tomó el hábito y profesó en el mismo día, mes y año y en el mismo Colegio que el Padre Moreno; y después de haber desempeñado algunos curatos en Filipinas, fue nombrado Maestro de Novicios del Colegio de Montegudo, cargo que desempeñó con acierto por espacio de nueve años, hasta la fecha en que aparece como Misionero de Colombia.

III

Diéronse por la autoridad competente unos días de vacaciones á los Misioneros para que se despidieran de sus padres, parientes y amigos, teniendo orden todos de reunirse en el Colegio de Marcilla, para

(3) El Padre Santiago nació en Tarazona de Aragón el día 23 de Mayo de 1857; vistió el hábito en el Colegio de Montegudo el día 26 de Marzo del 74, é hizo su profesión de votos simples el 27 de Marzo del año siguiente, y la de votos solemnes el día 28 de Marzo del 78: en este año desempeñó la Cátedra de Latín sin terminar su carrera y al mismo tiempo que la continuaba, y después pasó al Colegio de San Millán de la Cogolla, siendo uno de sus fundadores, y en el cual fue también Preceptor de Latínidad de los escolares externos, y en su institución del Padre Enrique Pérez. Cura Párroco por espacio de año y medio. En Diciembre de 1886 fue mandado por orden superior á explicar Filosofía al Colegio de Montegudo, recibiendo el grado de Lector el año de 1888, en el mes de Febrero.

(4) El Padre Gregorio nació en Tafalla (Navarra) el 25 de Mayo de 1851; tomó el hábito en Montegudo el 30 de Septiembre de 1879, y profesó de votos simples el 1.º de Octubre del 80, y de votos solemnes el 2 de Octubre del 81; después de terminada su carrera de estudios en el Colegio de Marcilla, volvió al de Montegudo, en donde fue Vice-Maestro de Novicios y Preceptor de Latínidad.

(5) El Padre Anacleto nació en Alfaro, Castilla la Vieja, el día 13 de Julio de 1886; vistió el hábito en 15 de Septiembre del 81, y profesó simple el 14 de Septiembre del 82, y solemne el 17 de Septiembre del 83. Desempeñó el cargo de Preceptor de Latín de los externos en el Colegio de Montegudo, y cuando se retiró como Misionero de Colombia, había ya recibido orden de prepararse para el grado de Lector, mas no llegó á recibirlo.

(6) Los Hermanos Luis é Isidoro nacieron, respectivamente, en Estollo (Logroño), en 1860, y en Maesta (Álava) en 1861; profesó el primero, cumpliendo su año de Noviciado, el 18 de Diciembre de 1884, y el segundo el 13 de Diciembre de 1885. Ambos habían desempeñado varios oficios en el Colegio de Montegudo, de donde salían para Colombia, dispuestos á servir á los Padres Misioneros, dondequiera que los colocara la santa Obediencia.

salir de allí á Madrid, y así se hizo, estando todos reunidos en dicho Colegio el día 18 de Noviembre de de 1888. Al día siguiente, 19, salió el Reverendo Padre Fr. Ezequiel con el Padre Ramón y el Hermano Luis, y el 21 los restantes. Copio de mi Diario lo que sigue:

Después de dar mi abrazo de despedida á mi querida madre y hermanos, y estampar un tierno beso en la candorosa frente de un ángel (sobrinito de dos años); después de haberme despedido de mis parientes, paisanos y amigos, y de haber recibido cariñoso y apretado abrazo de mis hermanos de hábito que moran en los tres Colegios de España, muchos de ellos discípulos míos, salí con los Padres Gregorio y Anacleto, y el Hermano Isidoro, del Colegio de Marcilla (Navarra), el día 21 de Noviembre de 1888, con dirección á la Corte (Madrid). En una de las estaciones del trayecto encontramos al Reverendo Padre Rector del Colegio de Monteagudo, que en compañía de algunos amigos nos esperaban para darnos el último abrazo. ¡Cuánto valor y fortaleza da el Señor al humano y débil corazón, pues de no ser así, en esos casos el natural sentimiento se dejaría sentir con una intensidad que bien podría redundar en desdoro de intereses más altos y elevados; pero al hacer tales sacrificios por Dios, Este ayuda y conforta las almas hasta el extremo de hacerles casi insensible el mismo sacrificio ó sacrificios á El ofrecidos y en aras de su amor y de su gloria consumados.

El día 22 del mismo Noviembre á las ocho de la mañana llegamos sin novedad á la real y corona-

da Villa de Madrid, y yá un Hermano de los que están al servicio de nuestro Padre Comisario nos esperaba en la Estación con un carruaje, en el que fuimos conducidos á la casa de nuestro Padre Vicario General. Un padre lleno de amor, ternura y cariño hacia sus hijos, no podría haber manifestado más grata impresión que la que vimos retratada en el semblante de nuestro Padre Gabino. Vése yá realizado su dorado sueño, tenia en torno suyo los siete Misioneros que iban á partir para Colombia, y, antes de que llegase el momento de la partida, queria tenerlos en su compañía para bendecirlos, animarlos y entusiasmarlos más y más por la gloria de la empresa: y ¿quién no habría de entusiasmarse y disponerse á trabajar, luchar y sufrir, como él nos decía, oyendo su evangélica palabra? De mucho consuelo y de gratísimas esperanzas se llenaron nuestros corazones, y el celo por la causa de Dios se inflamó de tal suerte en nuestras almas, que se nos hacía largo el tiempo que aún nos separaba del día en que habíamos de pisar las costas del Nuevo Mundo.

El día 23, á las diez de la mañana, reunidos en la Nunciatura los siete Misioneros de Colombia, recibíamos en Madrid, puestos de rodillas, la bendición de Mr. di Pietro, Nuncio de Su Santidad León XIII, quien nos dijo frases de impercedera memoria y nos animó más, si cabe, para dar hasta la vida por ganar almas para quien las redimió á costa de su divina sangre.

Era la primera vez que la mayor parte de nosotros, los Misioneros, visitábamos la Corte de los Re-

yes de nuestra patria, y autorizados por nuestros superiores tratámos de aprovechar los ratos que nos quedaban libres, en ver y visitar los Templos y Museos en donde se ostentan las bellezas del arte en todo su esplendor. No he de expresar aquí mis impresiones al contemplar tanta maravilla, ni mucho menos he de exponer mi pobre juicio sobre las diversas cosas que llamaron mi atención; lo primero, porque tal vez es ajeno á la crónica que estoy escribiendo, y lo segundo, porque de nada vale y en nada estimo mi apreciación particular; bendije, sin embargo, á Dios; y lo mismo hicieron mis compañeros, porque El es quien da al hombre inteligencia é ingenio para hacer maravillas en el arte, á fin de que, al contemplarlas, se eleve nuestro pensamiento á más altas regiones, y de las cosas visibles y materiales, como dice el Apóstol de las gentes, subamos á la contemplación de las invisibles y sobrenaturales. Mucha verdad es, que las frases que se escapan de los labios, fielmente copiadas de lo que siente el corazón, son éstas: si esto es en la tierra, ¿qué será en el Cielo?...

Y debió ser, sin duda, cosa estudiada el que nuestros superiores nos llevaran á visitar los Conventos de Religiosas, especialmente el de nuestras Hermanas de la Encarnación, para interesarlas en nuestro favor y para que pidiesen por el buen éxito de nuestra empresa, accediendo nosotros gustosos al deseo que todas nos manifestaron de cantar nuestra Salve á canto llano, de los sábados, en sus iglesias. Muy reconocidas quedaron, y por nuestra parte agradecemos en mucho la singular atención y especial aprecio con

que nos distinguieron las fervorosas Religiosas de la Encarnación, dirigidas espiritualmente por nuestro Padre Gabino, y no menos les agradecemos los regalos que nos hicieron para los indios salvajes, y las oraciones que nos prometieron.

Igualmente merecieron nuestra sincera gratitud las finas atenciones de que fuimos objeto por parte de nuestro Padre Comisario, Fr. Juan Santesteban, que había sustituido en el cargo á nuestro Padre Toribio; de ésta, y en particular de nuestro Padre Iñigo Narro, Definidor general y Secretario de nuestro Padre Gabino. Todos se esmeraron en cuidarnos y atendernos, movidos y alentados por nuestro Padre Vicario General, quien, á pesar de su edad avanzada y múltiples quehaceres, parecía multiplicarse para prodigarnos, generoso, sus servicios. Un ¡Dios se lo pague! salido del corazón, fue lo único con que pudimos, por entonces, manifestarles nuestro reconocimiento, é hijo de éste es el recuerdo que ahora dejo, en nombre de todos, consignado aquí.

IV

En la tarde del día 25, después de recibir instrucciones y la bendición de nuestro Padre Vicario, salimos en coche para la Estación del tren, en la que, despidiéndonos de los que tuvieron la bondad de acompañarnos, que fueron: nuestro Padre Gabino, los Padres Iñigo, Juan y Toribio, y los dos Hermanos legos que estaban al servicio del Padre Comisario, con otras personas afectas y unos parientes que yo

tengo en Madrid, entrámos en el tren que había de conducirnos á la costa ó puerto de Santander.

Partímos de Madrid á las ocho y media de la noche, frísimas por cierto, y después de un viaje de veintiuna horas de tren por montañas y túneles, llegámos á Santander á las cinco de la tarde del día 26: allí nos esperaba un buen amigo, D. Simón Gómez, Presbítero, quien nos condujo al hotel que de antemano nos había buscado para hospedaje. Debíamos embarcarnos al día siguiente y, aunque cansados del viaje, tuvimos que salir para hacer algunas diligencias relativas á nuestro embarque. Más que natural era que, no obstante ser muy corta nuestra permanencia en Santander, visitásemos al Señor Obispo, y lo hicimos, teniendo el gusto de recibir su bendición y facultades para el ejercicio de nuestro ministerio á bordo del vapor.

Esperábamos al día siguiente el vapor francés *Saint Laurent*, de la Compañía Transatlántica, que, procedente de Saint Nazaire, hacía escala en Santander, para seguir en el mismo día su rumbo á las Antillas y América del Sur, pero esperámos en vano; yá todo dispuesto para el embarque, tuvimos que esperar hasta el día siguiente en que llegó el vapor. Aprovechámos el día viendo parte de la población y contemplando el puerto, que, por cierto, dejaba mucho que desear en cuanto á calma y tranquilidad; de ser otro el objeto de nuestro viaje, de no ir en busca de trabajos y penalidades para ganar almas, almas redimidas con la sangre de todo un Dios, sin duda hubiera cundido el espanto entre los que por

vez primera veíamos el mar, alborotado y capaz de infundir miedo á quien nunca se hubiera embarcado, golpeando fuertemente con sus entrespadas olas los muros del muelle y levantando unas veces, hundiendo otras, las embarcaciones que estaban atracadas en el puerto; pero era la gloria de Dios, era una causa justa y santa la que nos arrancaba de los lares patrios, y el *omnia possum in eo qui me confortat*, del Apóstol, infundía en cada uno de nosotros ese valor que sabe dar la fe, y esperábamos en Aquél que impera y manda á los elementos, que nos había de auxiliar y socorrer en cualquier peligro que corriese nuestras vidas durante el curso de la navegación.

Así, tranquilos y esperanzados, dejamos que llegara el momento de hacernos á la vela, mirando con impavidez el mar imponente y agitado, que, intérprete acaso del enemigo común de las almas, se alzaba en sùu de protesta contra nuestra santa empresa. Y sonó estridente el pito del vapor, señal de embarque para los viajeros, haciéndonos prorrumpir en aquella frase de los Reyes Magos: *Hoc signum magni Regis est, samus.....*

V

El día 28 de Noviembre, á las doce del día, nos hallábamos yá á bordo del vapor *Saint Laurent*. Al flotar sobre las espumantes aguas del mar, todos, quien más, quien menos, empezámos á sentir los efectos del mareo; por cierto que no es cosa agradable, pero acaso lo hubiera sido menos sin la grata compañía que tuvimos la fortuna de encontrar á bordo:

eran cuatro colombianos, dos de ellos sacerdotes, quienes, al saber que íbamos á su país, intimaron con nosotros y amenizaron con su natural jovialidad y franqueza hasta aquellos incidentes del viaje que podían habernos proporcionado alguna molestia. ¡Cómo sabe Dios Nuestro Señor disponerlo todo para ir pagando, ya acá en la tierra, aquel *cien doblado* que en el sagrado Evangelio promete á los suyos! Naturalmente impresionados por la separación de lo más caro al humano corazón, necesitábamos alguna distracción, y ésta nos la proporcionaron con creces los compañeros de viaje que el Cielo nos depuso bondadoso; ávidos, por otra parte, de noticias relativas al país en que íbamos á sentar nuestros reales y que nos iba á servir de campo y centro de nuestras apostólicas tareas, encontramos en los mismos compañeros instruidos cicerones que, á maravilla, satisficieron nuestros deseos. No dejaría Nuestro Señor de escuchar, benigno y piadoso, la acción de gracias que le elevamos hasta su trono, y de bendecir á los que le sirvieron de instrumento para hacer á nuestros corazones menos sensible el sacrificio, y menos dolorosa la partida.

Algún tanto picado el mar, bogamos el primer día sin perder de vista las costas de nuestra patria, pero poco á poco iban alejándose á nuestra vista, y llegaba el momento de despedirnos con un adiós, quizá el postrero, y para este trance ya estaban nuestras almas preparadas y templadas en el horno ardiente de la caridad de Cristo, por cuya honra y gloria hacíamos el sacrificio.

VI

Indudablemente hay quien cree que aquellos á quienes Dios llama para sí al dulce retiro del claustro y al ejercicio de una vida entera y exclusivamente consagrada á su servicio, no sienten los efectos que la carne y la sangre producen en el corazón en ciertos y determinados trances de la vida; como si fuera posible hacer desaparecer del individuo aquello que le es innato y natural! Verdad es que en la escuela de la virtud se aprende á refrenar el apasionamiento y amortiguar el afecto desordenado, aun á quien por títulos de carne y sangre se lo merece; pero si con semblante sereno y secos los ojos se ve que uno de esos seres, favorecidos por Dios con la vocación religiosa, soporta tranquilo una desgracia ocurrida en el seno de su familia ó la total separación de ella, del suelo que le vio nacer, de sus amigos, etc., no es esto efecto de su insensibilidad, lo es de su virtud, ó mejor, es efecto de la gracia del Señor, que lo fortalece y anima; por lo demás, su corazón es tan de carne como en los demás, y no se hace impenetrable á los dardos con que lo hiere el rompimiento de los estrechos vínculos que lo unen con lo que en el hombre es natural. Hago notar esto en oposición á esa falsa creencia que nos supone insensibles é ingratos, y para que, apreciando en su justo valor nuestro sacrificio, resulte mayor gloria para Dios, de quien procede toda la virtud de los actos heroicos que el hombre hace, mediante su santa gracia.

Al perder, pues, de vista los litorales de nuestra cara España, hubimos de contener los latidos que el corazón sentido daba como protestando, y permitir que en el ara del sacrificio ardiese y se quemase hasta el último átomo del natural sentimiento que el alma sentía; y tranquilos y sussegados dimos el último adiós á la patria, en donde quedaban recuerdos de imperecedera memoria y seres queridos, con quienes un día compartimos los goces de la infancia.

VII

En los primeros días de Diciembre estábamos yá en alta mar. Cielo y agua era lo único que se presentaba á nuestra vista, y daba materia abundante á nuestra meditación. Dice un adagio vulgar que "quien quiera aprender á orar que éntre en la mar," y aunque principalmente haga referencia á los peligros extraordinarios que puedan acontecer por efecto de una tempestad, incendio ú otra causa, tiene su aplicación aun en el curso ordinario de las cosas. Es verdaderamente imponente morar en un palacio, pues ni otra cosa parecía el magnífico y lujoso vapor que nos servía de hospedaje, que, flotante en el centro de un mundo de agua, sufre los vaivenes de gigantesca olas, que ocultan un abismo naturalmente aterrador. Una de las causas indicadas podía hacernos encontrar en el seno del océano nuestro sepulcro! empero, no era ésta ni otras lúgubres ideas las que se enseñoreaban de la loca de la casa, como Santa Teresa llama á la fantasía ó imaginación; quédense tales pensamientos de terror para quien teme, más que

todo, la muerte: nosotros habíamos rotado á la misma muerte desde el momento en que, puestas nuestras vidas en manos del Señor, para su servicio, la íbamos á desafiar en el campo en que se presentase: esto presente, no nos intimidaban los peligros, y mirábamos sin temor el hondo abismo que teníamos á los pies, no viendo en la casi inmensidad de los mares sino algo como el retrato de la infinita grandeza del Criador; y á la salida majestuosa del astro rey, como á la puesta del mismo, y en la noche, al contemplar el azulado firmamento tachonado de brillantes y esplendorosas estrellas, haciendo la corte al argentado disco de la luna, prorrámpíamos en tantos versículos de los Salmos de Davdi, como son los que alaban y ensalzan la grandeza del Señor, nuestro Dios.

Una pena, sin embargo, nos atormentaba, y era no poder ofrecer á Dios el sacrosanto sacrificio de la Misa, ni el día, tan memorable y solemne para nosotros, de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora la Santísima Virgen María. Por falta de previsión, tal vez, no llevámos con nosotros las cosas necesarias para celebrar, y á bordo tampoco había. No dejó de ser para nosotros pequeño sacrificio, que le ofrecimos á Nuestro Señor, pues hubiera sido verdaderamente consolador para nuestras almas, el no omitir la celebración de la santa Misa para recibir el raudal de gracias y de bendiciones que Dios comunica por su medio. Indudablemente aceptó nuestros buenos deseos y no dejó de comunicarnos, generoso de otra manera, tantas como necesitaba nuestro espíritu.

VIII

Llevábamos ya nueve días de navegación sin ningún incidente desagradable, y la misma monotonía de la vida á bordo encendía en nosotros los deseos de ver tierra. Nos aseguraron que al día siguiente (10 de Diciembre), llegaríamos á las Antillas, y nuestros ánimos se llenaron de contento ante la realidad de una perspectiva encantadora y casi fantástica. Ah! ; qué de ideas surgieron á nuestra mente al ver realizarse el pronóstico y admirar, pasmados, montañas cubiertas de hermoso verdor, islas de maravillosa vegetación y, entre árboles gigantesco, lindísima población que semejaba juguete fantástico meciéndose sobre un pedestal de verde alfombra, de donde se destacaban preciosos y bellos edificios, construídos con todo el gusto y las reglas de un estilo sencillo, pero encantador! He de confesar por mi parte, y creo que lo mismo podrían decir mis compañeros de viaje, que mis impresiones en aquellos momentos fueron agradabilísimas, y que me hicieron recordar las que sentiría el inmortal genio del Conquistador genovés y toda su tripulación, cuando vieron por vez primera en el Nuevo Mundo, que yo admiraba, la bandera de Castilla coronada con la Cruz bendita del Crucificado!

Empero, haciendo contraste con la naturaleza fértil y fecunda del país que teníamos á la vista, estaban la mayor parte de su moradores, indios y negros, casi desnudos los unos, harapientos y misera-

bles otros, de facciones demacradas y sumamente desaseados en cuanto al cuerpo; y en cuanto al alma... ¡ pobres infelices ! hé aquí, nos decíamos, hé aquí una gente que necesita de la instrucción cristiana para que sepan siquiera que en algo se diferencian de los brutos, para que aprendan que tienen una alma racional y dotada de inmortalidad. Ah ! nos daba lástima y compasión la miseria, la abyección y la ignorancia de tanta gente, como tuvimos ocasión de ver en las distintas islas donde atracó el vapor, y tan triste y desconsolador cuadro encendía en nuestros pechos más y más la llama del celo por conquistar almas para Cristo, arrancando al poder de Satanás tantas como gimeu en las tinieblas de la ignorancia, y en la negra noche del pecado. Se nos hacía largo yá el viaje, nos parecía muy larga la distancia que aún nos faltaba que recorrer para llegar al término, y empezar nuestras tareas y trabajos en la viña del Señor ; pero había que esperar y tener paciencia : entretanto elevábamos fervorosas plegarias al Cielo, en favor de las ovejas descarriadas para que de algún modo se les facilitase la entrada en el redil del Divino Pastor.

Puerto Cabello fue el único punto en donde echámos pie á tierra, por quedar el vapor en el mismo muelle del puerto, y haber llegado á hora oportunísima y en circunstancias de poder celebrar el santo sacrificio de la Misa. Nos dirigimos á la iglesia, y allí tuvimos el positivo placer é indecible consuelo de oír la Misa de nuestro Superior, ya que todos no podíamos celebrar por la premura del tiem-

po, y de orar ante el ara santa donde se ofreció el Santo Sacrificio, en los solemnes momentos en que, elevando la Hostia sacrosanta, adorámos rendidamente la Majestad del Dios humanado, allí realmente presente. Fortalecidas nuestras almas por tan grata satisfacción, salimos de la iglesia, y nos encontramos con el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Caracas (Venezuela), quien nos dio su bendición y celebró nuestro encuentro, suplicándonos encarecidamente que, por lo menos, dos de nosotros nos fuésemos con él, poniendo ante nuestra vista, para obligarnos, la escasez de clero que tenía, y las muchas necesidades de los fieles, que no podía satisfacer por no tener operarios. ¡ Con qué buena voluntad le hubiera complacido el Padre Moreno, nuestro Superior, pero era imposible, atendida nuestra misión y las órdenes que teníamos de nuestro Padre Vicario General! Éramos todos necesarios en Colombia; hacíamos falta para dar vida á nuestra Provincia de La Candelaria, y no hubo remedio, no fue dado complacer á Su Señoría Ilustrísima, si bien le prometimos oraciones en favor del aumento de operarios en la viña que Dios Nuestro Señor encomendaba á su cuidado.

IX .

Salimos de Puerto Cabello el día 16, con rumbo á Sabanilla, última estación de nuestro viaje marítimo, y pasado el mar Caribe, algo agitado, llegámos frente á Salgar, punto de partida en tren para Barranquilla. Habíamos llegado, por consiguiente, al

término de nuestro viaje por mar, y era oportuno el momento de dar cariñoso adiós á los que durante el viaje habían sido nuestros compañeros y compartido con nosotros los azares de la navegación. ¡ Nuevo sacrificio ! pero había que añadirlo á la lista de los que exigía nuestro destino, y lo hicimos, ofreciéndoselo á Nuestro Señor.

Era el día 17 de Diciembre cuando abandonamos el vapor que nos había servido de morada veinte días consecutivos, y pisamos tierra colombiana á la una de la tarde. Ardiente era el sol ; casi insoportable el calor, y tuvimos que esperar unas horas la salida del tron. Al llegar á Barranquilla y hospedarnos, fue nuestra primera diligencia enterarnos de la salida de los vapores del río Magdalena ; sabiendo que al día siguiente salía el vapor *Cometa*, creímos que nos sería imposible embarcarnos por la dificultad de que despachasen en la Aduana el equipaje ; pero, gracias á la actividad y servicios de uno de los compañeros de viaje, colombiano, se alistó todo para poder emprender la navegación fluvial al día siguiente.

No nos faltó que ofrecer á Dios en el hotel que nos servía de hospedaje, pues la falta de servidumbre, por haberse ido casi todos los criados, precisamente el día en que nosotros llegamos, nos hizo esperar mucho más tiempo del que apetecían nuestros cuerpos cansados y rendidos por el excesivo calor, no pudiéndonos acostar sino muy tarde de la noche por no estar arreglados los cuartos ó habitaciones destinados para nosotros. Como todo lo dispone el Señor para nuestro aprovechamiento, y el mérito de

la virtud consiste en la violencia que cada uno tenga que hacerse para practicarla, procurámos sacar el mejor partido posible de las circunstancias, sufriendo resignados aquel contratiempo, que no dejaría de enriquecer de méritos para el Cielo á nuestras almas.

Se pasó la noche, no sin dejar de ser atormentados por los mosquitos, plaga indestructible en tierra caliente, y llegó el día y la hora de embarcarnos en el río Magdalena. No conocimos la población de Barranquilla, pero sí tuvimos el gusto de estrechar la mano del señor Cura, doctor Valiente, que con justicia, según supimos, llevaba tal apellido, por su laboriosidad y celo apostólico en el ejercicio de las funciones de su sagrado ministerio.

X

Por un camino cargado de arena, fuimos conducidos al puerto ó embarcadero, donde esperaba el vapor *Cometa*, y en él entrámos á las once y media a. m., empezando nuestra marcha por el río media hora después. En medio del calor sofocante, aunque algún tanto atenuado por la brisa del río, nos complacimos en contemplar el bellissimo aspecto que ofrecía la naturaleza exuberante en el horizonte que se descubría á nuestra vista. Hermosa campiña tapizaba las márgenes de la caudalosa arteria que con sus aguas riega aquellos campos cubiertos de perpetuo verdor; el cultivo del maíz, del arroz, de la caña de azúcar, formaba gracioso contraste con la parte rústica ó no cultivada, donde la naturaleza se exhibía en flores salvajes y corpulentos árboles, revestidos de bejucoes curvadados artísticamente al pa-

recer entre sus ramas, que á la par serían de morada á infinidad de pájaros de bello plumaje, que llenaban el espacio con trinos y gorjeos melodiosos; todo esto embellecido, amenizado por la luz clarísima y fecunda del rubicundo Febo, por la abundancia de las aguas, por la bonita vista y hermoso panorama que presenta la población de Barranquilla, antes de perderla de vista, hacía que elevásemos nuestra mente á Dios y allá en el interior de nuestras almas exclamásemos con el Profeta Rey: *Domine Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra.* Sí, en toda la tierra es admirable el nombre del Señor, porque escrito está su poder, esculpida su sabiduría en las maravillas de la naturaleza; pero en la tierra que teníamos á la vista crecía de punto nuestro pasmo, porque los caracteres con que nos parecía ver escrito su Nombre bendito en lo hermoso del panorama, que admirábamos, eran á nuestro parecer más grandiosos y magníficos. ¡Cuán desgraciados nos parecen aquellos que pueden contemplar las bellezas y encantos de la naturaleza, sin elevar su corazón al Dios que los hizo y los conserva!

XI

Y viendo y admirando tales maravillas, cada vez con mayor fruición, con más entusiasmo, porque cada vez crecía más el interés por alguna novedad que se ofrecía á nuestra vista, fuimos río arriba sin que un solo momento perdiéramos de vista el magnífico panorama que ofrecen sus márgenes, realzado por la noche con ese tinte de poesía fantástica

que de la luz de la luna, reflejándose á una con las estrellas, en el espejo de las aguas, á todo paisaje natural. No obstante, tuvimos que ofrecer algo, y aun algo á Nuestro Señor, pues teníamos que dormir al sereno, y varias tormentas que, desencadenadas, se desataron en furioso viento y fuerte llovizna, nos hicieron pasar noches bien poco agradables, por más que no dejara de haber también en eso su poesía : añádase á esto el vernos precisados á respirar un ambiente impregnado de miasmas deletéreos, efecto de la putrefacción en que entraban, por el excesivo calor, las materias orgánicas que arrastraban las terrosas aguas del río y la mortificación de los moscos, que hacían pagar á nuestros rostros y manos su contingente de sangre. Ninguna novedad, sin embargo, tuvimos en la salud, debido, indudablemente, á la infinita bondad de Dios, que oía las fervorosas oraciones que, en favor nuestro, hacían tantas almas, según nos prometieron, al salir incólumes de tantos peligros como amenazaban nuestra vida. ¡ Sea El bendito !

Con la hermosura que natura ostenta, en todo el curso de la navegación hacen contraste los ranchitos de los indios y los pueblecitos que se encuentran en las márgenes del Magdalena. Pobres éstos, albergue de gente pobrísima en su mayor parte, mueven á lástima y compasión. Uno de esos pueblecitos es Nare, á donde llegámos en la noche de Navidad. ¡ Noche de imperecederos recuerdos ! por lo que nos demuestra el relativo amor de Dios para con nosotros, y por las alegrías que su celebra-

ción trasmite á las almas. Pensábamos estar tristes, sumidos en la mar de esos recuerdos venturosos, pero el Cielo iba de alguna manera á proporcionarnos un rato de positivo placer. Deliciosa estaba la noche, y en su elocuente silencio hirieron nuestros oídos los acordes de especial música que salía de entre el ramaje; eran los vecinos de Naro que, á su modo, celebraban la noche de Navidad: los cohetes endian los aires, en tanto que un acordeón, hábilmente manejado por un negro, acompañado de bandolas, clarinete y tambor, alegraba con sus armonías nuestros ánimos y nos daban un rato de solaz, tanto más agradable cuanto menos lo esperábamos. Permitió el Capitán del vapor, en su bondad, que subieran los músicos á la cubierta, y, arrodillados, besaron la mano á los sacerdotes, suplicándonos que les diéramos la bendición.

Siguieron tocando muy bonitas piezas, y no sabiendo nosotros cómo corresponder á aquel obsequio, creímos que se darían por bien remunerados, atendida su sencillez y piedad, con algunos regalitos de los que llevábamos para los indios. Dímosles, en efecto, algunos escapularios y medallas; uno de los dos sacerdotes colombianos que nos acompañaba, les dio algunos rosarios, y, contentos y satisfechos, se retiraron á las diez de la noche; también nosotros nos fuimos á descansar, no sin dar antes á Dios Nuestro Señor rendidas gracias porque de alguna manera nos había dejado participar de las alegrías de una noche en la que la Iglesia, nuestra madre, y nosotros sus hijos, conmemoramos el nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor.

XII

Después de admirar una vez más las bellezas que ostenta la naturaleza en las márgenes del río, llegamos á Yeguas, término de nuestra navegación fluvial, y saltamos á tierra para tomar el tren que lleva á Honda.

Providencialmente, sin duda, no encontramos listas las bestias para seguir nuestro viaje, y tuvimos que demorarlo cuatro días, durante los cuales algunos de los Padres ejercieron en el Hospital las funciones de su sagrado ministerio auxiliando á algunos enfermos de fiebre amarilla, quienes, ausente el Cura, hubieran acaso muerto sin Sacramentos, cosa por cierto muy providencial. Llegó por fin el Padre Bustamanta con las bestias, y emprendimos el viaje más penoso, que es el de Honda á la Sabana, donde se encuentra Bogotá.

Pasamos el río en barca, expuestos á los rayos de un sol tropical; volvimos á tomar nuestras cabalgaduras y empezamos la ascensión al monte por unos caminos que no merecen el nombre de tales, por lo escarpados y mal acondicionados, no obstante haber tenido la fortuna de encontrarlos secos, pues el viaje es de lo peor en invierno, cuando están convertidos en fangales, donde es frecuente queden enterradas las bestias y las cargas. De manera que toda pintura aparece pálida ante la realidad, al querer describir lo pésimo de la vía en cuestión. Tortuosidades angostas, mal sembradas de toscas piedras,

que servían de escala para subir empinadas crestas; á veces, trechos de camino llenos de abrasadora arena que caldeaba el ambiente por la refracción del calor solar; otras, pendientes en que había inminente riesgo de despeñarse bestia y jineto, y para consuelo de tantas contrariedades, montábamos unas mulas ya rendidas, que apenas podían dar un paso más. En fin, después de subir y bajar montes, cubiertos de polvo y sudor, más muertos que vivos, á pesar de un corto refrigerio y pequeño descanso que tomamos en una casa situada á la vera del camino, llamada *Consuelo*, llegamos, yá de noche, á la ciudad de Guaduas, donde nos dieron generosa hospitalidad.

¿Cuántos trabajos y penalidades, en que no paran mientes los mundanos que desprecian al Misionero? Hubiéranse de fijar ésos que, apallidándose espíritus fuertes, rebajan al Ministro de Dios, y sólo estudian la manera de insultarlo cobarde y vilmente, en las ocultas penalidades que soporta no para recibir pingües ganancias ni merecer nada del mundo, sino para dar gloria á Dios y ganar almas para el Cielo.

Empero, no habíamos terminado nuestro viaje; al día siguiente lo volvimos á continuar, y no hay por qué repetir que siguieron las incomodidades de un viaje penoso al cual ninguno de nosotros estaba acostumbrado: así llegamos á Villeta, donde pernoctamos, para volver á la misma cosa al otro día, y después de éste, otro, que sí fue el último, pues llegamos á Facatativá, en donde tuvimos el gusto de dar estrecho abrazo á los Padres que allí nos esperaban, hospedándonos en casa del Muy Reverendo Padre

Pedro Salazar, Agustino calzado y Provincial de su Orden, quien desempeñaba el curato de la citada ciudad. Con él estaban, y en su compañía partimos de Facatativá, nuestro Padre Provincial Fray Victorino Rocha de San Luis Gonzaga y el Padre León Caicedo de San Juan Bautista, que habían salido á recibirnos.

Altamente complacidos quedimos del buen trato con que nos distinguió el Reverendo Padre Salazar, y de las atenciones de que fuimos objeto. Veíamos ya la extensa y dilatada sabana en que se encuentra la capital de la República, y después de los sufrimientos de una jornada como la que habíamos hecho desde Honda, no podíamos menos de dar gracias al Todopoderoso, que nos había cuidado con solicitud verdaderamente paternal y nos había conservado la vida para emplearla en su servicio.

Sin embargo tuvimos otra pena: la de la separación! Por disposición de los Superiores, parte de los Misioneros tuvieron que partir para nuestro Convento de El Desierto, y el Padre Ezequiel, con el que esto escribe, para Bogotá. Nos separámos, pues, ofreciendo á Dios Nuestro Señor el sentimiento natural que estos actos producen siempre.

El día 2 de Enero de 1889, nuestro Padre Ezequiel y yo entrábamos á la capital de la República.

XIII

En la capital nos hospedámos en la pequeña casa del Reverendo Padre Victorino, contigua á nuestra

iglesia de La Candelaria; era un palmo de terreno perteneciente á la iglesia y aprovechado por el Padre citado por no abandonar la casa de Dios.

Lo primero que hicimos fue visitar la iglesia y dar gracias al Omnipotente por haber permitido que llegásemos sanos y salvos; nos agradó en gran manera la iglesia en su conjunto; recogida, bañada por esa luz tibia que convida á la oración y llena del ambiente perfumado que dejan el incienso y las flores; sin embargo, no resonaban, como en otro tiempo las preces de David; no se oía el nutrido coro de voces que allí cantáron las alabanzas del Señor, y esto no dejó de hacer honda impresión de tristeza en nuestras almas, tristeza que fue en aquellos momentos como la negra nube que empaña el claro azul de los cielos: empero, dispósas pronto con la idea de que nosotros veníamos precisamente á hacer revivir aquellos tiempos en que el esplendor del culto católico en la casa de Dios preludia para las almas buenas las armonías, gozes y alegrías inefables del gran templo del Paraíso celestial, en donde gozan los Bienaventurados de la visión beatífica del Eterno Jehová.

Al día siguiente, y después de celebrar el santo sacrificio de la Misa, nos ocupámos en revisar papeles de interés en los restos de Biblioteca que se salvaron del naufragio de la revolución, á fin de ponernos al corriente de los trámites porque habían pasado ciertos asuntos que tendríamos que ventilar, y luego, en hora oportuna y competente, fue nuestro primer cuidado visitar á las Autoridades eclesiástica y civil.

En ausencia del Ilustrísimo Señor Pádi, entonces Arzobispo de Bogotá, visitámos al señor doctor D. Patricio Plata, Vicario General de la Arquidiócesis, y al señor doctor D. Joaquín Pardo Vergara, Secretario del Señor Arzobispo: nos recibieron con muestras de singular cariño, y mutua y recíprocamente nos ofrecimos para todo lo concerniente á nuestros asuntos.

Nos dirigimos después al palacio del Vicepresidente de la República, doctor D. Carlos Holguín, quien luego de cambiar el saludo con nosotros se nos ofreció como Jefe del Poder Civil, y como particular, manifestándole por nuestra parte reconocimiento y gratitud, y significándole el objeto de nuestra misión en Colombia, como operarios en la Viña del Señor. Palabras dignas de todo encomio tuvo el señor Holguín para aplaudir el motivo de nuestra separación de la patria que nos vio nacer, y no hay duda que produjeron en nuestro ánimo la mejor impresión. Cuantos en aquella ocasión rodeaban al Señor Vicepresidente de la República se hicieron eco de sus palabras, y á todos agradecemos las valiosas promesas que nos hicieron en favor de la santa y gloriosa causa que nos trajera á este país.

Trajimos varias cartas de recomendación, y con motivo de entregarlas, tuvimos ocasión de relacionarnos con personas y familias honorables de la capital, y no dejó de sorprendernos agradablemente la nobleza de sentimientos, la afabilidad del trato, lo culto de sus maneras á la par que la franqueza, característica de nuestros paisanos, que observámos en

cuantas personas tratámos. ¡ Ventaja inmensa es la comunión de idioma, que nos permitió desde los primeros momentos comunicarnos, entendernos y relacionarnos con la gente de un país nuevo y desconocido para nosotros!

Estaba á la sazón ausente en Anapoima el Ilustrísimo Señor Doctor D. Telésforo Padl, Dignísimo Arzobispo de Bogotá, á donde por prescripción médica había ido en busca de reposición para su quebrantada salud. Allí le dirigió nuestro Padre Moreno un telegrama en el que lo saludaba y le anunciaba nuestra llegada. No se hizo esperar mucho la respuesta, en la cual se dejaba entrever la genial dulzura y característica bondad del Prelado de la Arquidiócesis. En vista de que sólo distaba un día de camino el pueblo de Anapoima, nuestro Padre Superior dispuso viaje para ir á visitar y presentarnos al Señor Arzobispo. De esta entrevista trata el siguiente párrafo.

XIV

La línea férrea de Bogotá á Facatativá no estaba aún terminada, y este fue el motivo que nos obligó á ir en carruaje hasta Tres-esquinas, en donde tomámos el tren hasta Madrid (Serrezuela). Nos proporcionaron allí bestias y emprendimos, ó mejor, continuámos nuestro viaje á Anapoima. Nada de particular ofrece al viajero el camino hasta Barroblanco ó lo que llaman Boca del monte; allí empieza el descenso y se observa ya la vegetación asombrosa de tierra caliente. Paisajes bellos se presentan en todo el trayec-

to que hay hasta El Tambo, lugar en donde nos vimos precisados á pernoctar en la casa que allí hay, siendo recibidos con una bondad que nos llenó de consuelo y verdadera satisfacción.

Después de celebrar el santo sacrificio de la Misa en el Oratorio que tienen los dueños de la posada de El Tambo, y de agradecer sobremanera la generosa y gratuita hospitalidad con que nos obsequiaron, seguimos para La Mesa, pasando por el pueblo de San Antonio de Tena, admirando la belleza de sus campos y recreando nuestros sentidos con los encantos de la naturaleza, pródiga, en todo lo que aparecía á nuestra vista, en magnificencia y grandiosidad. Serían las once a. m. cuando hacíamos nuestra entrada en La Mesa, y nos fuimos á hospedar en casa del señor Cura del pueblo, que á la sazón era el doctor D. Isaac Guerrero, quien nos recibió con el cariño propio de hermanos en el sacerdocio, y nos trató con cordialidad, que agradecemos en el alma. Allí almorzamos, y el dicho señor Cura, á indicación nuestra y con el mayor gusto y buena voluntad, nos proporcionó otras bestias, pues las que llevábamos iban muy cansadas y con ellas no podíamos prometernos llegar á Anapoíma aquella misma tarde.

Continuamos, pues, el viaje con buenos caballos y en menos de dos horas nos pusimos en la casa-hacienda de San José, residencia del ilustre enfermo. No estaba en la casa porque había salido de paseo á caballo hasta el pueblo de Anapoíma, distante un cuarto de hora de allí, pero poco tuvimos que esperar para tener el gusto de verlo. Llegó de su paseo

pocos minutos después que nosotros, y experimentá-
mos de cerca la dulzura de su carácter y la afabili-
dad de su trato. Mostróse muy contento y satisfecho
con nuestra venida á Colombia, y se nos ofreció
incondicionalmente. Hizo que nos sirvieran el re-
fresco, que verdaderamente apetecíamos, y pasada más
de una hora en la agradable compañía del Ilustrí-
simo Señor Paúl, nos dimos estrecho y cordial abrazo
de despedida (; quien había de pensar que era eterna!)
y nos volvimos á La Mesa, en donde pernoctamos,
para seguir al día siguiente nuestro viaje de regreso
á Bogotá, como lo hicimos, llegando á la capital en
la tarde del día 11 de Enero de 1889.
